

miento del poderío asirio, ya que en él son los asirios, y no los babilonios, los que influyen en los destinos de los pueblos de las orillas del Eufrates y del Tigris. Es, en una palabra, la época asiria de la historia de Babilonia y Asiria la que se desarrolla en este período. En caso análogo nos encontramos en el tercero y último período, el neo-babilónico; si solo se trata de escribir una historia de Babilonia, pudiérase desde luego formar un grupo neo-babilónico con los reyes desde Nabonassar hasta Nabucodonosor y sus sucesores, y otro medio-babilónico con la dinastía cosea y los monarcas que reinaron despues hasta Nabonassar. Mas la época neo-babilónica en la historia babilónico-asiria solo puede ser aquella en que Babilonia sucede a los derrocados asirios en su representación histórica, ó sea el período desde la destrucción de Nínive hasta Ciro.

### III. DE LAS FUENTES EN GENERAL

Como en el primer capítulo de cada libro se tratará con toda extensión de las fuentes de la respectiva época histórica, podemos ser ahora concisos y limitarnos á trazar la característica general de los materiales que tenemos á nuestra disposición.

Independientemente de las pocas noticias que para la época posterior nos proporcionan las inscripciones egipcias, son tres distintos grupos de fuentes los que nos suministran los datos para todos los períodos de la historia babilónico-asiria, á saber: las propias fuentes nacionales, mucho mas importantes desde que se ha logrado su interpretación en todo lo que era esencial; las escrituras del Antiguo Testamento, y en último lugar, como las menos valiosas, las relaciones de los historiadores griegos y romanos, consistentes la mayor parte en mal conservadas listas de reyes (á excepción del Cónon de Tolomeo) y en datos aislados sin conexión y que son ahora de poca utilidad.

Son de extraordinaria variedad las fuentes nacionales, ó sean las inscripciones cuneiformes, así en la forma como en el contenido: inscripciones en estatuas, y en pequeños cilindros que parece debieron de utilizarse como sellos ó estampillas; en cilindros de mayores dimensiones y prismas de barro, que solian colocarse en los cimientos de las construcciones, á manera de actas de fundación; en lápidas y láminas de bronce; en las paredes de los templos y palacios; en la misma fábrica de las paredes, como sello ó impresión en los ladrillos; en estelas y obeliscos, y por último, delicadamente ejecutadas en pequeñas láminas de barro cocido, con las que se formaban grandes bibliotecas. En una palabra, de todas las clases y formas posibles, y en innumerables restos que las nuevas excavaciones aumentan continuamente, han llegado hasta nosotros, como por arte maravilloso, los elocuentes testimonios de un remotísimo pasado, despues de haber estado durante miles de años soterrados bajo los escombros y como desaparecidos para siempre de la superficie de la tierra. Inscripciones oficiales de reyes y actas de fundación, muchas de ellas de considerable extensión, como tambien monumentos particulares de todo género (lápidas conmemorativas, contratos, etc.); toda una literatura de contenido religioso y mitológico, de la que forman parte los valiosos textos suméricos y acadios de las fórmulas de conjuros y los himnos á los dioses, con la traducción interlineal semítico-babilónica; epopeyas y fábulas de animales; textos astronómico-astroológicos, como asimismo los muchos restos de una variada literatura científica, descollando las composiciones lexicográficas, geográficas é históricas: tal es el abundante contenido de los textos cuneiformes, que inscritos en bronce, piedra y barro, han sobrevivido á los siglos y se presentan ahora á nuestra vista como páginas de un libro abierto.

Cierto que del conjunto de esta literatura solo una parte puede ser considerada estrictamente como material histórico, pero muy poco será lo que no resulte útil y hasta importante para la construcción de la historia de Babilonia y Asiria. Si bien en ésta la historia de la religión no representa papel tan importante como en la israelita, hay mucho, principalmente en la de Babilonia, que no sería comprensible sin el mas profundo estudio del desenvolvimiento religioso; al que teniendo que escribir la historia babilónico-asiria no pudiese disponer de los textos sagrados en dialecto súmer-accádico, mas de una vez parecerían incomprensibles y como letra muerta los demás textos.

Mas las fuentes históricas, las que merecen especialmente este nombre ¡qué representación tan excepcional no tienen en la literatura cuneiforme! Ya hicimos notar anteriormente la ventaja que en este respecto lleva la asiriología á la egiptología. Una sola ojeada sobre las fuentes nacionales de la historia babilónico-asiria confirma esta observación y nos demuestra que en las márgenes del Eufrates y del Tigris habia mas sentido histórico y era mas practicado que en la tierra del Nilo. No es solo que las inscripciones coetáneas de los reyes (en Asiria, por lo general, extensos y circunstanciados anales) contengan muchos mas datos históricos que las de los Faraones, sino que existia además una verdadera literatura histórica (crónicas y listas), basada en una no interrumpida tradición coetánea, y en la que por lo mismo raras veces aparecen errores ó contradicciones. Es otro testimonio de ello la crónica babilónica que comienza con Nabonassar, hallada recientemente por Pinches, y de la que ya hemos hecho mención; de ésta, así como de las demás fuentes, daremos en el primer capítulo del correspondiente libro de esta obra exacta descripción.

Tendríamos una fuente de inapreciable valor de la antigüedad clásica, no menos importante que las cuneiformes, si se nos hubiese conservado completa é intacta la Βαβυλωνιακή del sacerdote babilónico Beroso, que la escribió á fines del tercer siglo precristiano. De lo que nos dice Herodoto en su historia, es muy precioso cuanto se refiere á la Babilonia de su época, pero todo lo demás tiene escaso valor (1). De Beroso, en cambio, procede casi todo lo que sobre Babilonia y Asiria nos transmiten la literatura clásica, los Padres de la Iglesia y los cronógrafos cristianos posteriores, y muy principalmente la obra que entre otros nombres lleva el de *Origines* y que contiene una parte titulada Απορυιακή, escrita tambien en griego por Abydeno, autor por lo demás poco conocido que vivió por los años 200 antes de J.C. No sabemos si éste, además de la obra de Beroso, tuvo fuentes nacionales á su disposición. Desgraciadamente las obras de ambos solo han llegado hasta nosotros en fragmentos y extractos, que por otra parte apenas alcanzan á los años 730 antes de J.C. Marcus von Niebuhr (2) publicó en 1857 apuntes detallados sobre estos autores, al propio tiempo que una historia babilónico-asiria, tal como podía deducirse entonces de datos tan secundarios y desfigurados, é ignorándose todavía el contenido de las inscripciones. Es muy interesante la comparación de lo que nos refieren los extractos de Beroso y Abydeno (Alejandro Polyhistor, Josefo, Eusebio, Jorge Sincelo y otros), según el excelente libro de Niebuhr, con lo que hoy, apenas

(1) Véase E. Schrader: *Inscripciones cuneiformes y datos históricos* (Giessen, 1878), págs. 497 y siguientes.

(2) «Historia de Asiria y Babilonia desde la época de Phul, como resulta de la concordancia del Antiguo Testamento con Beroso, los Libros de los Reyes y los autores griegos.» Berlin, 1857. En la reseña de las fuentes del libro segundo trataremos tambien detenidamente del Cónon astronómico de Tolomeo, que resulta ahora confirmado casi por completo.

transcurridos treinta años, sabemos de Babilonia y Asiria merced á las inscripciones. Pero estaria aquí fuera de lugar que tratáramos con mayor extensión de esos extractos merced tan solo lo que en ellos se ha conservado todavía de la lista de dinastías de Beroso, así como las historias primitivas de éste, que en su lugar correspondiente demos de ello mas detallada cuenta. Pasemos, pues, á hacer una sucinta relación de las fuentes que tenemos en los Libros históricos y proféticos del Antiguo Testamento.

Por mas que el beneficio que de las inscripciones cuneiformes obtiene el Antiguo Testamento sea mucho mayor que el que éste proporciona á la historia babilónico-asiria, no deja de ser la Biblia una fuente de bastante valor, ya que, especialmente en la época de las relaciones de los asirios y neo-babilonios con Israel y Judá, no puede trazarse un cuadro que tenga alguna vida y en el cual luz y sombra aparezcan debidamente distribuidas, sino combinando los relatos de una y otra parte. Si bien los Libros de los Reyes fueron redactados durante el cautiverio babilónico, ó sea al terminar el período de 500 años en ellos historiado (1), poseemos fuentes coetáneas para este mismo período en los libros proféticos. De estos pertenecen al VIII siglo: Amós, Oseas, Isaías (1-40) y Miqueas; á fines del VII, Jeremías, que sobrevivió al cautiverio; á principios de éste, Ezequiel, y á fines del mismo, el Deutero-Isaías (Isaías, 44-66). Especialmente estos tres últimos contienen gran copia de datos históricos, á pesar del distinto objeto de sus escritos como predicaciones conminatorias y de consuelo. Independientemente de esto, existe diseminado aca y allá en las Escrituras del Antiguo Testamento mucho que tiene su importancia para la historia babilónico-asiria, y tambien podemos recoger preciosos datos aislados en los clásicos griegos y romanos, sin contar los ya mencionados extractistas de Beroso y Herodoto. De todo ello, aunque no se haya citado expresamente aquí, haremos, como se puede suponer, debida mención en su tiempo y lugar.

### IV. LA ESCRITURA CUNEIFORME EN SU DESARROLLO HISTÓRICO

Lo primero que llama nuestra atención en las mas importantes, como tambien mas numerosas, de las fuentes que acabamos de mencionar, ó sean las monumentales, es la escritura en que todas ellas están expresadas (2). No vamos á contestar ahora á la natural y justificada pregunta del profano, cuya curiosidad excitan esos signos: «¿Cómo ha sido posible descifrar esa escritura, y qué medios y método se han empleado para lograrlo?» sino que lo haremos despues de haber expuesto en este capítulo de la introducción las condiciones características y la historia de la escritura cuneiforme.

Dijimos ya anteriormente que los súmeros no-semíticos, fundadores de la primitiva cultura babilónica, fueron los que en época remotísima y de la cual no hay memoria inventaron para su propia lengua la escritura cuneiforme, ó mas bien una escritura figurada que luego se fué convirtiendo gradualmente en la designada con aquel nombre. Un ejem-

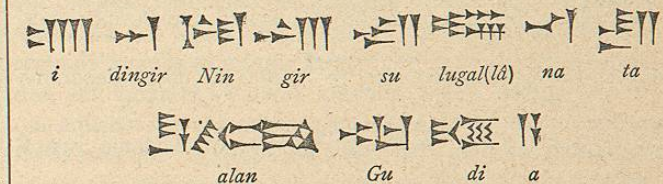
(1) En cuanto á los Libros llamados de las Crónicas, no los considero yo tampoco como verdadera fuente histórica. No quisiera, sin embargo, suscribir el despreciativo juicio que de ellos hace E. Meyer (*Historia de la Antigüedad*, tomo I, pág. 199), pues no dejan de tener su importancia para la reconstrucción del verdadero texto de los de los Reyes, que fueron su fuente principal.

(2) Respecto de la lengua en que las inscripciones están redactadas, podría parecer que al tratar ahora de la escritura, sería la ocasión mas oportuna para hablar de ella. Mas como en la primitiva época de esta historia figuran dos distintos pueblos, cada uno con su habla respectiva, el súmero y el semítico-babilónico, nos reservamos la exposición detenida de este punto para el segundo capítulo del primer libro.


plo de entre muchos servirá de confirmación á este aserto. El «cielo» para cuya expresión el sistema babilónico de escritura empleaba la figura de la «estrella», \* (simplificado en la


cuneiforme posterior así \* ), se llamaba en lengua sumérica *anna*, y en la babilónico-asiria *shamú* (véase el hebreo *shamájim*, y el árabe *samûn*, etc.); ahora bien, cuando esta figura era empleada como simple signo silábico, despojándola de su significación primitiva «cielo», tenía en ambos sistemas de escritura, así en el sumérico no-semítico como en el semítico babilónico-asirio, no el valor fonético *sham* (derivado de *shamu*, «cielo»), sino *an* (de la palabra sumérica *anna*, expresiva de aquel concepto). De esto se desprende con incontrovertible evidencia que fueron efectivamente los súmeros los que inventaron la escritura figurada de que se deriva la cuneiforme, y no en manera alguna los conquistadores semíticos que aparecieron despues de ellos en las comarcas del Eufrates. Exactamente lo mismo que con el citado signo silábico sucede con casi todos los demás; el valor de las sílabas procede siempre, así en las inscripciones puramente suméricas como en las semítico-babilónicas, de la pronunciación sumérica representada por la figura primitiva, y no de la semítica. Este hecho, el del origen no semítico de la escritura cuneiforme, reconocido por Oppert hace ya mas de veinte años (cuando apenas se tenía noticia de la lengua sumérica), está hoy comprobado hasta la certidumbre gracias á nuestro conocimiento mas íntimo del habla y de la cultura suméricas.


Con igual evidencia se ha confirmado tambien la derivación de los caracteres cuneiformes de una escritura figurada, tal como lo habian supuesto varios eruditos desde los comienzos de los estudios de interpretación. Basta la mera comparación de las muchas inscripciones arcaicas que poseemos ya en la actualidad, con su transcripción en los caracteres posteriores, ya neo-babilónicos, ya neo-asirios (que nos son mas corrientes), para sugerir semejante suposición. Así, por ejemplo, una inscripción del antiguo sacerdote rey Gudia de Sirgulla empieza con las palabras *i dingir Nin gir su lugallá na ta alan Gu-di-a* («en la casa del dios Nin girsu su rey está la estatua de Gudia»); véase cómo resultaría esto transcrito en la usual escritura cuneiforme posterior:



(de izquierda á derecha, como escribimos nosotros). Si ahora sustituimos esos signos, uno á uno, por los correspondientes hieráticos ó arcaicos, que nos son ya suficientemente conocidos, obtendremos lo siguiente:

  
1.ª línea. i dingir Nin gir su

  
2.ª línea. lugal na ta

  
3.ª línea. alan Gu-di-a

En estos signos ya se puede distinguir con bastante facilidad el primitivo carácter jeroglífico de este género de escritura,